

Ismaíl Kadaré

La hija de Agamenón El Sucesor

Traducido del albanés
por Ramón Sánchez Lizarralde



Alianza editorial
El libro de bolsillo

Título original: *Vajza e Agamemnonit – Pasardhësi (La fille d'Agamemnon & Le successeur)*

Diseño de colección: Estrada Design

Diseño de cubierta: Manuel Estrada

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.



Copyright © Librairie Arthème Fayard, 2003

All rights reserved

© de la traducción: Ramón Sánchez Lizarralde, 2006

© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2024

Calle Valentín Beato, 21

28037 Madrid

www.alianzaeditorial.es

ISBN: 978-84-1148-811-2

Depósito legal: M. 15.871-2024

Printed in Spain

Si quiere recibir información periódica sobre las novedades de Alianza Editorial, envíe un correo electrónico a la dirección: alianzaeditorial@anaya.es

Índice

- 9 Nota del editor
- 13 La hija de Agamenón
- 15 Uno
- 21 Dos
- 25 Tres
- 36 Cuatro
- 44 Cinco
- 50 Seis
- 61 Siete
- 67 Ocho
- 77 Nueve
- 83 Diez
- 92 Once
- 96 Doce
- 102 Trece
- 109 El Sucesor
- 113 Primera parte. Diciembre del suicidio
- 135 Segunda parte. La autopsia
- 166 Tercera parte. Dulces recuerdos
- 201 Cuarta parte. La caída
- 228 Quinta parte. El Guía
- 248 Sexta parte. El arquitecto
- 262 Séptima parte. El Sucesor

Nota del editor

La hija de Agamenón y *El Sucesor* constituyen un díptico narrativo, con trama y personajes comunes, pero con casi veinte años de diferencia desde que Ismaíl Kadaré escribió la primera, entre 1984 y 1986, y la segunda, entre 2002 y 2003. Corría el año de 1986. En aquella época, Kadaré, como tantos otros intelectuales del Este y del Oeste, no se podía imaginar que el comunismo desaparecería de Europa pocos años después. Durante una de sus raras visitas a París, Ismaíl Kadaré le confió a su editor francés, Claude Durand, que deseaba guardar en un lugar seguro algunos de sus manuscritos cuya publicación en Albania era imposible en aquellos momentos. Se trataba de una novela, dos novelas cortas y unos poemas. Kadaré llevaba consigo algunos de aquellos textos, a los cuales, para evitar problemas en la frontera, había maquillado como si se tratase de traducciones de obras de algún autor extranjero admitido en Albania. Por ejemplo, los personajes y los lugares ha-

bían sido cambiados por nombres alemanes y austriacos. Los textos en cuestión los firmaba el autor alemán Siegfried Lenz, medianamente conocido en Albania, pero no hasta el punto de que se supiera si había escrito una obra cuyo título era *Tre K*. (Los tres K) que era cómo se titulaba en aquel momento la novela que aparecería más tarde como *Hija* (La sombra), inédita en España.

En viajes posteriores, Kadaré pudo sacar de Albania más páginas. Finalmente fue el propio Durand quien, aprovechando dos visitas a Tirana, se llevó del país las páginas que faltaban y que completaban la mencionada *Hija*, la novela corta *Ikja e shtergut* («El vuelo de la cigüeña», recogida en el volumen *Frente al espejo de una mujer*), *Vajza e Agamemnonit* (*La hija de Agamenón*, que ahora editamos) y varios poemas.

Los manuscritos fueron depositados en París en una entidad financiera, La Banque de la Cité. Ismaíl Kadaré le confió la llave de la caja a Durand con la autorización de abrirla cuando lo estimara oportuno y que publicara dichos textos en caso de que muriera de forma «natural» o «accidental». En las tres novelas y en los poemas, Kadaré expresaba de forma directa lo que pensaba del régimen comunista albanés. No lo había hecho hasta entonces más que de un modo tangencial en novelas como *El palacio de los sueños* o *El nicho de la vergüenza*, entre otras. De esta manera, si se publicaban dichas obras, Kadaré evitaría algo que era normal en la dictadura albanesa: disfrazar las purgas en forma de muertes naturales, accidentales o suicidios, las cuales terminaban con el entierro de la víctima con todos los honores del régimen para evitar escándalos.

Dichos originales fueron sucesivamente publicados una vez que desapareció el comunismo de Albania. En algunos

casos, cambiando los nombres germánicos con los que Kadaré había camuflado sus obras, en otros, introduciendo alguna modificación. *La hija de Agamenón* es la única que se edita tal y como fue escrita originalmente y se publica como primera parte del díptico que se completa con *El Sucesor*. Dos novelas cortas que constituyen una de las composiciones narrativas más logradas de Kadaré y que curiosamente abordan, entre otros temas, esas purgas por «razones de Estado» que obligaron a Kadaré a sacar clandestinamente sus originales de Albania y esconderlos en París, en 1986.

Madrid, enero 2007

La hija de Agamenón

Uno

De fuera, de la calle, llegaba la música festiva, el bullicio y el ruido ahogado de los pasos de los caminantes. Ese rumor peculiar que solo producen las multitudes que marchan a reunirse en un lugar determinado para participar en un desfile.

Por décima vez aparté levemente la cortina de la ventana para contemplar el mismo espectáculo: la torpe confluencia hacia el centro de la ciudad de la marea humana. Sobre su superficie, lo mismo que el año anterior, flotaban las pancartas y los ramos de flores, los retratos de los miembros del Buró Político. Los rostros de estos parecían todavía más rígidos sobre la riada de cabezas y brazos. De cuando en cuando, por efecto de las oscilaciones de las manos de quienes portaban las efigies, las caras dibujadas parecían mirarse oblicuamente, amenazadoras. Pero incluso, cuando por algún azar se encontraban uno frente a otro, continuaban dando la impresión de no conocerse.

Corrí la cortina y me di cuenta de que aún llevaba en la mano la tarjeta de invitación. Era la primera vez que recibía una invitación para la tribuna del Primero de Mayo y, al igual que poco antes, en el momento en que me la entregaron, todavía no acababa de creerme que mi nombre apareciera escrito en ella. No menos sorprendidos se habían mostrado los ojos del vicesecretario del Partido. No puede decirse que fuera únicamente envidia lo que se leía en ellos. Mezclado con la envidia, sobresalía el asombro. Y en cierta manera estaba justificado. Yo no era de los que aparecían en presidencias o recibían invitaciones para tribunas ceremoniales. Y aunque, como supe más tarde, había sido el propio vicesecretario el que presentó mi nombre cuando el Comité de radio del Partido le pidió candidaturas distintas de las que se proponían año tras año, ese hecho no conseguía atenuar su sorpresa. Es verdad que había incluido mi nombre entre varios otros, pero sin duda no confiaba lo más mínimo en que acabara por aprobarse la nueva lista. Es lo mismo que se nos pide todos los años, se había dicho muy probablemente a sí mismo, pero luego, a fin de cuentas, van los de siempre.

¡Felicitaciones, felicitaciones!, me dijo al tiempo que me entregaba la invitación, y en el último momento, en su mirada, además de la envidia y el estupor, me pareció distinguir algo más. Aparecía justo en mitad de su sonrisa, era una emanación de esta, pero al mismo tiempo poseía otra naturaleza. Quizás el término que podría definirlo con mayor precisión fuera «sotosonrisa». Concentrada, interrogante, un tanto punzante, pero según lo son las miradas de complicidad entre personas a las que vincula un secreto, aquella sonrisa parecía estar diciéndome: Esta invitación

no te ha caído del cielo, ¿no es verdad, bribón? ¿A cambio de qué servicio la has conseguido? ¡Felicitaciones, granuja!

La insinuación resultaba tan evidente que me sentí enrojecer. La sensación de indignidad no me abandonó siquiera durante el trayecto hasta casa, en el que repetidas veces me pregunté: Eso es verdad, ¿a cambio de qué te has ganado esta invitación?

El piso resultaba más silencioso de lo habitual a consecuencia del bullicio de la calle. Silencioso y vacío. Todos habían partido hacia el punto de concentración para el desfile, y mis pasos, en lugar de poblar el espacio, acrecentaban todavía más el silencio y el vacío, también estos de una condición peculiar, como todo lo relacionado con un día semejante.

Esperaba a Suzana. Sin embargo, lo que ahora me horadaba el pecho no tenía el menor parecido con la desazón habitual que provoca la espera por una mujer. Era una sensación más opresiva. Acrecentada, al parecer, por la música y la algarabía agobiantes que no cesaban de llegar de la calle. De cuando en cuando, hasta me parecía que alguno de aquellos retratos iba a elevarse tanto por encima de sus portadores que llegaría hasta el nivel de mi ventana para escrutar en el interior de mi apartamento con aquellos ojos pintados de mirada hierática: ¿Qué es lo que estás esperando ahí? ¡Vaya! ¿De modo que vas a dejar vacío tu lugar en la tribuna por una simple jovencita?

—Si no he llegado a las ocho y media, no me esperes más —me había dicho Suzana.

Cada vez que acudían a mi mente estas palabras, mis ojos iban a parar infaliblemente al canapé donde había tenido lugar nuestra última conversación. Había sido de una in-

mensa tristeza. Tal como ella misma se encontraba, medio desnuda, así salían las palabras de su boca, a jirones, medio desprovistas de su sentido. Cada vez le resultaba más difícil citarse conmigo... La carrera de su padre progresaba cada día que pasaba... Ahora su familia se encontraba más que nunca en el punto de mira... Hacía dos semanas, en el último pleno del Comité Central, papá había vuelto a ascender... Era evidente que ella debía reconsiderar su modo de vida, su vestimenta, sus amistades... De lo contrario, le perjudicaría.

—¿Ha sido él quien te ha pedido eso (aún no sabía qué nombre ponerle) o se te ha ocurrido a ti misma?

—Fue él —respondió poco después—. Pero...

—¿Pero qué?

—Cuando me lo explicó, yo estuve de acuerdo con él.

—¿Ah, sí?

Sentía que debía tener los ojos enrojecidos, como si alguien me hubiese lanzado un puñado de arena. Sintiendo culpable, ella apoyó la cabeza sobre mi hombro. Sus dedos fríos, como probetas de vidrio rotas, me acariciaban el cabello detrás de la nuca.

Pero ¿por qué?, quise replicarle, ¿por qué solamente tú? Sus hijos, los de los demás, se aprovechan de su posición para llevar una vida más libre. Coches, fiestas en las villas de las playas... Seguramente se lo habría dicho si ella misma no hubiera abordado el asunto. Los otros, es verdad, tenían por costumbre permitir que sus hijos gozaran de cierta libertad; sin embargo, su padre... Él era verdaderamente un caso aparte... Quién sabía qué ideas bullían en su cerebro... O tal vez no fuera tan extraño y aquel proceder era algo obligado tan solo para él. Porque justamente él se

estaba destacando en los últimos tiempos por encima de los demás... Así pues, cuando, en la ceremonia del Primero de Mayo, apareciera del lado derecho del Guía, todo habría acabado entre nosotros...

Como yo no decía nada, ella creía que no acababa de entenderla. ¿Me comprendes?, continuaba diciendo entre sollozos. Era inaceptable para él, es decir, para la opinión dominante, que ella hiciera el amor con un joven ya comprometido. Porque aquello acabaría sabiéndose algún día. Sobre todo ahora. ¿Me comprendes? Acabaría sabiéndose con toda seguridad.

No sabía qué responderle, ahora que mis ojos se habían quedado clavados en sus piernas desnudas.

—Tú también resultarías perjudicado —añadió poco después.

—A mí me da igual.

—Eso dices ahora, pero más tarde te arrepentirías. Con mayor motivo, ahora que tienes esperanzas de conseguir una beca para ir a Viena a especializarte.

Continuaba manteniendo la mirada fija en las zonas descubiertas de su cuerpo. En realidad, yo no me sentía seguro de estar dispuesto a cambiar por cualquier otra cosa, incluso por Viena, aquel cuerpo cuya blancura y suavidad contenían a un tiempo a la adolescente y a la mujer. Los Campos Elíseos de sus muslos, el Arco del Triunfo al fondo de ellos, con el inextinguible fuego rosado en su mitad.

No me había topado con ninguna otra mujer que, como ella, conservara en su rostro durante los momentos del amor esa unción sonriente, como si estuviera contemplando un sueño sublime. Ese éxtasis se derramaba desde sus mejillas sobre la blancura de la almohada, que, incluso

abandonada después de la marcha de la muchacha, parecía retener en la oscuridad durante cierto tiempo ese resplandor, lo mismo que la pantalla del televisor da la impresión de que, una vez apagada, conserva unos instantes cierta luminosidad. Todo su proceder revelaba de inmediato que amaba el amor con profunda dedicación, fervorosa y seriamente.

Dos

Contemplaba el sofá vacío mientras en mis oídos no cesaban un momento de resonar los distantes compases de la fiesta. Por encima de ellos, como sobre un fondo aterciopelado por el sentimiento de pérdida que incrementaba el valor de cada cosa, recordaba retazos de nuestras conversaciones.

En caso de que el Primero de Mayo... Pero tú no debes disgustarte por ello... No creas que para mí va a resultar más fácil... Ya sé lo que me vas a decir... Pero este sacrificio es necesario... Yo te recordaré siempre.

Este sacrificio..., repetí yo en mi fuero interno. En efecto, ese era el término adecuado.

Creí cada palabra que me dijo, porque ella siempre se lo había tomado todo en serio y nunca le había escuchado pronunciar palabras vanas, melindrosas o fingidas. Si ella estaba convencida de que aquello, el sacrificio, era preciso aceptarlo, resultaba inútil hacer esfuerzos para que cambiara de opinión.

Y yo, en efecto, no hice ningún esfuerzo. Durante horas enteras, después de que se marchara, deambulé triste por la habitación, hasta que me encontré a mí mismo frente a los estantes de la biblioteca. Como en sueños, saqué del estante el libro de Graves *Mitos y leyendas griegas*, que había estado leyendo aquellos días, y comencé a hojearlo.

Ni en ese instante ni tampoco más tarde me encontré en condiciones de comprender por qué misteriosas vías el mecanismo de mi cerebro despojó la palabra «sacrificio» de su acepción banal y cotidiana (camaradas, el momento requiere sacrificios en el frente del petróleo...; los sacrificios de los criadores de ganado..., etcétera, etcétera) para remontarse lejos, muy lejos, a su mismo origen. Allá donde todavía era majestuosa y sangrienta.

Este traslado a los tiempos más remotos debió de constituir para mí el impulso principal. A partir de aquí y hasta llegar a la analogía entre el sacrificio del que me acababa de hablar Suzana y el de Ifigenia de los griegos no había más que un paso.

¿Se gestó en mi interior esta analogía porque Suzana había utilizado precisamente ese término, porque el padre de ella, al igual que el de Ifigenia, era un encumbrado dignatario, o sencillamente porque el libro de Graves me había sumergido durante todos aquellos días en una atmósfera mitológica?

Como ya he dicho, no me encontraba en condiciones de discernirlo. Sin que se me ocurriera siquiera sentarme, ardiendo de impaciencia, releí febrilmente todo lo que se decía acerca de la famosa inmolación de la hija de Agamenón. Las especulaciones acerca de los motivos que podían haber empujado al jefe de los griegos a cometer tan funesta ac-

ción, las razones, justificadas o no, incluida la eventualidad de una falsa inmolación, es decir, de una puesta en escena ante los ojos del ejército (la sustitución de la muchacha en el último momento por una cervatilla, etcétera, etcétera).

*Los griegos a la hija de Agamenón
por la campaña de Ilión sacrificaron.
A ti te sacrificué yo
en la Ilíada de la revolución.*

¿Había compuesto yo mismo estos versos mientras vagaba inquieto por el piso, después de haber dejado el libro en el estante, o mi memoria los extrajo de alguna lectura anterior, olvidada con el paso del tiempo? La tristeza profunda a menudo se manifestaba en mí en forma de adormecimiento. Así me sentía aquel día: aletargado e incapaz de precisar lo sucedido. No me encontraba en condiciones de discernir, por ejemplo, a quién pertenecía la voz que hablaba en aquellos versos. Dicho de otro modo, ¿quién llevaba a cabo el sacrificio, su padre o yo? A veces, me parecía que era él; en ocasiones, yo mismo, y la mayor parte de ellas, que éramos los dos a un tiempo.

Los ruidos del exterior llegaban hasta mí debilitados. Era fácilmente perceptible que las calles se estaban desalojando. Al parecer, la multitud que debía desfilar estaba ya concentrada en el lugar establecido. Pero el enmudecimiento resultaba tan opresor y hostil como el bullicio precedente. Te obligaba a recordar a cada instante que tu lugar se encontraba allí, entre la alharaca festiva, y no aquí, en la soledad.

Habían pasado las ocho y media. Ya no cabía esperanza alguna de que Suzana acudiera. Siempre había sido meticu-

losa con la hora. Ahora, a punto me encontraba de considerar lamentable esa peculiaridad suya que tantas veces había bendecido, pues me privaba de toda posibilidad de alentar una última esperanza. Me esforcé por justificar los primeros cinco minutos de retraso (esa prerrogativa femenina a la que ella voluntariamente había renunciado). De modo que intenté adjudicarlos a las dificultades del tráfico, cosa habitual en un día de fiesta; pero esto, en lugar de tranquilizarme, no hizo más que acrecentar la tortura de la espera. Transcurrieron los segundos cinco minutos, más sombríos que los primeros, durante los cuales varias veces me encontré delante de la puerta, dispuesto para salir a la calle.

Había decidido esperar hasta las nueve menos cuarto, y luego partir en dirección a la fiesta. Al menos, no me perdería a las dos. La inquietud de imaginar qué pasaría si mi ausencia llamaba la atención había sido en cierta medida desplazada por la idea de que bastaba con que ella viniera para que yo hiciera lo que sin duda había de hacer. (Me equivoqué de calle..., la policía bloqueó el paso antes de tiempo, etcétera.) Es decir, bastaba con que ella viniera. Pero ahora que ya la había perdido no tenía por qué dar lugar a complicaciones añadidas con mi incomparecencia. Sin contar con que existía la posibilidad de que la viera allí, en la tribuna o en sus proximidades en el espacio reservado habitualmente a los hijos de los dirigentes.

Este último pensamiento me movió a desechar mis últimas vacilaciones. A las nueve menos cinco abrí la puerta y salí.

Tres

La escalera del edificio estaba solitaria, al igual que la calle, a excepción de muy escasos transeúntes. Experimenté un alivio inicial, provocado tal vez por la amplitud del espacio. Levanté la cabeza como atraído por una mirada. En uno de los balcones aparecía, en efecto, asomado nuestro vecino. Observaba la calle con su habitual expresión sufriente en el rostro. Hice un cambio de itinerario para escapar a su ángulo de visión. Se decía que era uno de los que se habían reído el día de la muerte de Stalin, hecho este que cercenó definitivamente una carrera científica iniciada de forma brillante. Habían pasado tantos años desde aquello y sin embargo, por lo que yo recordaba, esa expresión de sufrimiento no desaparecía jamás de su cara. No debieron de ser escasas las personas que se rieron en las concentraciones funerales aquel día, la mayoría sin motivo alguno, simplemente porque se les descompuso el mecanismo de la risa, fenómeno sobradamente acreditado en parecidas cir-